

para que puedas tomarlo cuando quieras. Valdrá más que lo veas y lo recuerdes.

Aquella mañana, al entrar en la iglesia Angélica, se halló de nuevo bajo la puerta de Santa Inés.

Se había producido un comienzo de deshielo durante la semana; pero el frío volvió á apretar, y con tanta fuerza, que la nieve de las esculturas, fundida á medias, se había petrificado en un florecimiento de racimos y de agujas.

Ahora todo era hielo: los vestidos transparentes y los encajes de vidrio que cubrían á las Santas. Santa Dorothea tenía una antorcha, que parecía que se la liquidaba entre las manos. Santa Cecilia llevaba una corona de plata, de la cual brotaban perlas vivas. Santa Agueda, con su pecho mordido por las tenazas, ostentaba una coraza de cristal. Y las escenas del tímpano, las virgen-citas de los arcos, parecía que estaban, siglos hacía, detrás de los cristales de una gigantesca urna. Santa Inés arrastraba un traje de cola, hilado de luz, bordado de estrellas: su cordero tenía la piel de diamantes; la palma habíase tornado de color de cielo. La puerta toda resplandecía en la pureza de aquel intenso frío.

Angélica recordó la noche que había pasado allí, al amparo de las virgenes. Alzó la cabeza y las envió una sonrisa.



## II

Forman la ciudad de Beaumont dos ciudades totalmente distintas y separadas: Beaumont de la Iglesia, en la parte alta, con su antigua catedral del siglo XII, su Palacio episcopal del XVII y sus mil almas escasamente, amontonadas, ahogadas en sus callejuelas; y Beaumont de la Ciudad, al pie del collado, á orillas del Ligneul, un antiguo arrabal enriquecido y engrandecido, gracias á la prosperidad de sus fábricas de batistas y encajes, hasta tener cerca de diez mil habitantes, con plazas espaciosas y un bonito palacio, de gusto moderno, para la subprefectura.

Así es que los dos distritos, el del Norte y el Sur, apenas si tienen entre sí más relaciones que las administrativas. A treinta leguas de París—dos horas de ferrocarril—Beaumont de la Iglesia parece todavía encerrado en sus antiguas tapias, de las cuales, sin embargo, no se conservan más que las tres puertas; en ella vive una población especial, estacionada, con la misma vida que de quinientos años á esta parte todos llevan, de padres á hijos.

La Catedral lo explica todo: todo lo ha creado y lo conserva todo: es la madre y la reina, y junto á su enormidad, entre el montón de las casas bajas, la ciudad parece una pollada que, transida de frío, se abriga cabe sus alas de piedra. Se vive por ella y también para ella; no trabajan las industrias ni venden las tiendas para otra cosa que para alimentarla, vestirla y mantenerla, á ella y su clero; y si hay algunos que viven de sus



rentas, es que son los últimos fieles de la multitud ya desaparecida. Late en el centro; cada calle es una de sus venas, y la población no tiene más vida que la suya; de aquí un alma de otros tiempos, un sopor religioso de épocas pasadas; toda una población claustral oliendo todavía á perfume antiguo de paz y de fe.

De toda la ciudad mística, la casa de los Hubert, donde Angélica en adelante iba á morar, era la que más vivía de la vida de la Catedral, como si fuese carne de su carne. El permiso de edificar entre dos de sus contrafuertes debió de otorgarlo algún Prelado de tiempos pasados, deseosos de no desprenderse del fundador de aquella dinastía de bordadores, como maestro casullero, proveedor de la sacristía.

Del lado del Mediodía la masa colosal de la iglesia limitaba el estrecho jardín; primero, por el circuito de las capillas laterales, cuyas ventanas se abrían sobre las plantabandas ó acirates; luego por el cuerpo saliente de la nave, apoyado en los estribos; más lejos, por la masa inmensa de piedra, cubierta de hojas de plomo; el sol no llegaba nunca hasta el fondo del jardín, en el que crecían vigorosamente el boj y la hiedra. Sin embargo, resultaba muy dulce aquella sombra perenne que caía de la gigantesca bóveda del ábside; sombra religiosa, sepulcral y pura, que olía bién. En aquella media luz verdosa, llena de tranquila frescura, sólo se oían los sonos de las campanas de las dos torres, y la casa entera, pegada á aquellas piedras viejas, fundida en ellas y viviendo de su sangre, como que guardaba celosa aquel grato rumor, conmoviéndose con sus ceremonias mas nimias: los oficios solemnes, el murmullo del órgano, las notas del canto llano, hasta el suspiro comprimido de los fieles, zumbaban en cada habitación, la llenaban de un aliento santo, venido de lo invisible. A través del muro tibio parecía que se filtraba el humo del incienso.

Allí creció Angélica durante cinco años, lejos del mundo, como en un claustro; no salía más que el do-

mingo para la misa de las siete; Hubertina había logrado que no fuese á la escuela, cuyas malas amistades temía.

Aquella morada antigua y estrecha, con su jardín tranquilo como una tumba, fué su universo todo; en su piso alto ocupaba un cuarto encalado; bajaba por la mañana á la cocina á almorzar, y luego subía al taller del principal para trabajar. Allí vivía, subiendo y bajando la escalera de caracol de la torrecilla, rincones respetables, conservados de generación, en generación no entrando nunca en el cuarto de los Hubert; en cuanto al salón bajo, dos piezas rejuvenecidas con arreglo al gusto de la época, no hacían más que atravesarlo. Las viguetas del salón habían sido revocadas; el techo estaba adornado con una cornisa de palmas, con un rosetón central; el papel de las paredes, con grandes ramos, era del tiempo del primer Imperio, lo mismo que la chimenea, de mármol blanco, la cómoda de caoba, el velador, el sofá y cuatro sillas de terciopelo de Utrecht. Las pocas veces que entraba para mudar las cortinillas, si daba una ojeada á la calle, veía la misma cosa: la calle acabando en la puerta de Santa Inés, alguna beata abriendo la mampara, que se cerraba sin ruido, las tiendas, enfrente, del platero y el cerero, siempre vacías, con sus viriles y sus cirios. En todo Beumont de la Iglesia, en la calle Magloire, detrás del Obispado, en la calle Mayor, donde acababa la calle de los Plateros; en la plaza del Claustro, donde se elevaban las dos torres, se sentía la paz del convento en el aire dormido, cayendo lentamente sobre las calles desiertas, con la luz mortecina.

Hubertina se había encargado de completar la instrucción de Angélica: profesaba la máxima antigua de que una mujer sabe todo lo que necesita con un poco de ortografía y las cuatro reglas. Pero tuvo que luchar contra la mala voluntad de la muchacha, que se pasaba las horas muertas mirando por las ventanas que daban al jardín; diversión en realidad muy pequeña.



Angélica no se apasionó mucho por la lectura, y á pesar de los dictados, copiados de un libro de trozos escogidos, no llegó á escribir con ortografía una página entera: sin embargo, tenía un buen caracter de letra, firme, algo como la letra irregular de las grandes damas de antaño. En todo lo demás, geografía, aritmética, historia, su ignorancia continuó total y completa. ¿Y para qué el saber? ¡Cosa inútil! Más tarde, cuando llegó la primera comunión, aprendió de memoria, y palabra por palabra, el Catecismo, con fe tan ardorosa, que su memoria segura maravilló á todos.

El primer año, los Humbert, á pesar de su dulzura, muchas veces desesperaron de sacar partido de la muchacha, que si bien prometía ser una bordadora muy diestra, les desconcertaba con sus bruscos retrocesos, con días de pereza inexplicable, despues de otros de ejemplar aplicación. A lo mejor resultaba perezosa y golosa; robaba el azucar, aparecía con los ojos tristes y la faz encendida: si la reñían, se volvía respondona. A veces, cuando querían domarla, llegaba á verdaderas crisis de locura orgullosa, tiesa, dando con los pies y las manos, rompiéndolo todo y mordiendo. Entonces aquella fiercecilla les daba miedo, asustados ante el diablo que en ella se agitaba.

¿Quién era? ¿De dónde venía? Es lo que tienen los niños abandonados, hijos casi siempre del vicio y del crimen. Dos veces distintas, desolados y arrepentidos de haberla recogido, habían resuelto deshacerse de ella, devolviéndola á la Administración; pero siempre aquellas desgarradoras escenas que conmovían la casa de arriba á bajo, acababan con un diluvio de lágrimas y arrepentimiento tan exaltado, que echaban en tierra á la criatura, con tal sed de castigo, que no había más remedio que perdonarla.

Popo á poco Hubertina adquirió sobre ella cierta autoridad, y en verdad que parecía hecha para aquella educación, por la bondad de su alma, su aspecto fuerte á la

par que dulce, y su discernimiento recto y perfectamente equilibrado. Así la enseñó, en oposición al orgullo y á la pasión, el deber y la obediencia. Obedecer es vivir hay que obedecer á Dios, á los padres, y á los superiores: jerarquía completa de respeto, fuera de la cual la existencia se desarregla y se pierde.

A cada rebeldía, para imponerla la humildad, la obligaba como penitencia á alguna ocupación baja, como fregar platos, ó los suelos, y no se movía de su lado, teniéndola arrodillada en tierra, al principio airada, pero al fin vencida.

No dejaba de inquietarle la pasión que aparecía en la muchacha, el fuego y la violencia de sus caricias: muchas veces la sorprendió besándose las manos, luego la vió llenarse de fiebre por estampitas de Santos y del Niño Jesús, que coleccionaba: y un día la encontró arrasada en lágrimas, desvanecida, la cabeza caída sobre la mesa y la boca pegada á las imágenes. Cuando se las quitó hubo una escena terrible, con gritos y lágrimas, como si le arrancasen la piel. Desde entonces la trató con severidad, no tolerándola ninguna distracción, rindiéndola á fuerza de trabajo, aislándola en una atmósfera de frío y de silencio, en cuanto la veían distraerse, vaga la mirada y encendidas las mejillas.

Además, Hubertina había encontrado un auxiliar en la libreta de la Casa de Beneficencia. Todos los trimestres, cuando el empleado iba á firmarla, Angélica quedaba llena de sombría trizteza hasta que llegaba la noche.

Cuando por casualidad, sacando un carrete de oro del arca, la veía, se la estrechaba al corazón.

Un día de maldad, en que nada podía vencerla y todo lo trastornaba en el cajón, se quedó de pronto como anonadada viendo el cuaderno: la ahogaron los sollozos y se arrojó á los pies de los Hubert, humillándose, balbuceando que había hecho mal en recogerla, y que no merecía ni comer el pan que la daban. Desde aquel



día, el recuerdo de la libreta contuvo muchas veces sus arrebatos.

Así llegó Angélica á los doce años, la edad de su primera comunión. Aquel medio tan tranquilo, la casita dormida á la sombra de la Catedral, embalsamada con el incienso, llena del rumor de los cánticos sagrados, favoreció la lenta mejora del retoño salvaje, arrancado no se sabía de donde y replantado en el suelo místico del estrecho jardín.

Todo esto, además de la vida regular que allí se hacía, la labor diaria y la ignorancia total del mundo, sin que la turbara un eco del barrio medio dormido. Pero principalmente la dulzura provenía del grande y profundo amor de los Hubert, que parecía aumentado por su remordimiento incurable.

Hubert pasaba los días tratando de borrar de la memoria de Hubertina el recuerdo de la injuria que le había hecho casándose con ella, contra la voluntad de su madre: al morir su niño había sentido que ella le hacía responsable del aquel castigo, y desde entonces trató de hacerselo perdonar. Ya hacia mucho tiempo que lo había logrado; su mujer le adoraba: á veces él lo ponía en duda, y esta duda entenebrecía su vida. Para estar seguro de que la muerta, la terca y cruel madre, había cedido desde su tumba, hubiera querido otro hijo, y su único deseo era este hijo del perdón: por esto vivía á los pies de su mujer, como si fuera un culto, lleno de una pasión conyugal, casta y ardiente, como en eternos desposorios. Si delante de la muchacha no la besaba siquiera un cabello entraba en su cuarto, después de veinte años de vida común, sin sentirse dominado por la emoción del esposo que entra en la cámara nupcial la noche de novios.

Aquel cuarto era discreto: pintado de blanco gris, empapelado con flores azules, y los muebles de nogal, tapiados de cretona. No salía de él el rumor más ligero, pero todo él sabía á ternura, y como que templaba la

✓  
casa toda. Para Angélica era como un baño de afeción en medio del cual crecía muy apasionada y muy pura.

Completó la obra un libro.

Huroneado una mañana y rebuscado en un estante del taller, dió, entre útiles desusados de bordador, con un ejemplar muy antiguo de la *Leyenda de oro*, de Jacobo de Vorágine. Era una traducción francesa de 1648, que debió ser comprada en otro tiempo por un maestro calsullero, por los grabados, llenos de datos y noticias sobre los Santos.

Durante mucho tiempo solo la entretenían las imágenes, grabados viejos, llenos de fé ingenua, que la maravillaban. En cuanto la daban permiso para jugar, cogía el libro, en 4o, encuadernado con piel roja, de becerro, y le ojeaba lentamente. Primero la anteportada, en rojo y negro, con las señas del librero. *En Paris calle Nueva de Nuestra Señora, llamada de San Juan Bautista.* Luego la portada con los medallones de los cuatro Evangelistas, abajo la Adoración de los Reyes Magos, arriba el triunfo de Jesucristo, hollando esqueletos. Después las imágenes sucediéndose á las imágenes, y las letras de adorno, y grabados grandes y chicos en el texto, al volver de cada página: la Anunciación, un ángel inmenso, inundando de rayos á una virgen muy delgada; la Degollación de los inocentes, el cruel Herodes, en medio de un montón de infantiles cadáveres; el Nacimiento, Jesús entre la Virgen y San José, con un cirio; San Juan el limosnero, dando limosna á los pobres; San Matías, rompiendo un ídolo; San Nicolás, vestido de Obispo, teniendo á su derecha á unos niños dentro de un cuenco, y todas las Santas; Santa Inés con el cuello agujereado por una espada; Santa Agueda, con los pechos arrancados con tenazas; Santa Genoveva, seguida de sus ovejas; Santa Juliana, azotada; Santa Anastasia, quemada; Santa María Egipciaca, haciendo penitencia en el desierto; Santa Magdalena, con el vaso lleno de perfumes.



Y otras y otros desfilaban, y de ellas brotaba como un gran terror y una gran piedad, algo como lo que produce una de esas historias terribles y dulces que hacen un nudo en la garganta y llenan de lágrimas los ojos.

Angélica poco á poco sintió deseos de saber á ciencia cierta lo que representaban los grabados.

Algo la asustaban las dos columnas amazacotadas del texto, cuya impresión seguía siendo muy negra sobre el papel amarillento, y el aspecto bárbaro de los caracteres góticos; pero se fué acostumbrando á descifrar letras, á comprender abreviaturas y contracciones y á adivinar las frases y las palabras envejecidas, acabando por leer de corrido, encantada como si penetrase un misterio, y gozándose en destruir dificultades. Bajo aquellas laboriosas tinieblas se le reveló todo un mundo radiante, como si entrase en una aureola celestial.

Desde entonces no existieron para ella sus pocos libros clásicos, frios y secos: sólo la *Leyenda* la apasionaba y la mantenía inclinada, con la cabeza entre las manos, abstraída hasta el punto de no vivir la vida real, sin conciencia del tiempo, viendo como subía hasta ella, desde el fondo de lo desconocido, la gran dilatación del *ensueño*.

¡Dios es benigno! Vienen primero los Santos y las Santas: nacen predestinados; voces de arriba les anuncian, sus madres tienen sueños gloriosos: todos son bellos, victoriosos, fuertes: rodeánles luminosas aureolas, resplandecen su faz. Santo Domingo tiene una estrella en la frente. Leen en el pensamiento del hombre, y repiten en voz alta lo que piensa. Tienen el don de profecía, y siempre acaece lo que profetizan. Es infinito su número: hay obispos y frailes, vírgenes y locas, mendigos y señores de estirpe regia, eremitas desnudos que comen raíces, y viejos que viven en cavernas, acompañados de animales. La historia de todos ellos es igual: crecen para Jesucristo: creen en Él: si se niegan á celebrar sacrificios en honor de los falsos dioses, son atormentados y

mueren llenos de gloria. Las persecuciones cansan á los emperadores que las ordenan. San Andrés, puesto en cruz, predica durante dos días á veinte mil personas. Hay conversiones en masa: una vez son bautizados de un golpe cuarenta mil hombres. Si por acaso la multitud no se convierte ante los milagros, huye despavorida. Se acusa á los Santos de brujería, se les somete á enigmas que resuelven, se les encara con los sabios y doctores, que no saben que contestarles. Cuando se les lleva á los templos para que hagan sacrificios, son derribados los ídolos de un soplo, y se rompen en pedazos. Una virgen ata su cinturón al cuello de una Venus, que cae hecha polvo. Tiembla la tierra: húndese el templo de Diana, herido por el rayo y el trueno: los pueblos se sublevan, estallan las guerras civiles. Muchas veces los verdugos piden el bautismo, y los Reyes caen á los pies de los Santos llenos de andrajos, por que se han desposado con la pobreza. Santa Sabina huye de la casa paterna; Santa Paula abandona á sus cinco hijos, y se abstiene de los baños. Purifican los ayunos y mortificaciones. Ni trigo ni aceite. San Germano esparce ceniza en sus alimentos. San Bernardo no distingue de manjares y no reconoce más sabor que el de el agua pura. San Agatón conserva una piedra en la boca durante tres años. San Agustín se arrepiente de haber pecado por haberse distraído viendo á un perro correr. Desprecian la prosperidad y la salud: empiezan á gozar con las privaciones que matan al cuerpo. De este modo al fin triunfantes, viven en jardines cuyas flores son las estrellas, y en los que cantan las hojas de los árboles. Exterminan dragones, levantan ó apaciguan tormentas, quédanse en éxtasis á dos codos del suelo. Damas viudas proveen á sus necesidades mientras viven, y reciben el aviso para ir á amortajarles en cuanto mueren. Sucédenles casos extraordinarios y aventuras maravillosas, tan bellas como novelas. Y despues de muchos cientos de años, cuando se abren sus tumbas, despiden éstas olores suaves.



Luego enfrente de los Santos, los demonios, demonios innumerables.

«Vuelan con frecuencia á nuesero alrededor como moscas, y llenan con su número el aire. El aire está lleno de diablos y de espíritus malignos, como de átomos el rayo del sol. Son como polvo.» Y empieza la batalla eterna. Siempre vencen los santos, y siempre tienen que volver á empezar la victoria. Cuantos más demonios echan, más reaparecen. En el cuerpo de una mujer, que San Fortunato exorciza, se cuentan seis mil seiscientos sesenta y seis diablos. Agítanse, hablan, gritan por la voz de los poseídos, en cuyas entrañas levantan gran tormenta. Penetran en sus víctimas por la nariz, boca y orejas, y salen con rugidos después de muchos días de espantables luchas. Al volver de un camino vése un poseído retorciéndose, y un santo que pasa librásele cruel batalla. San Basilio, para salvar á un joven, tiene que batirse cuerpo á cuerpo. Durante toda una noche, San Macario, tendido entre tumbas, se ve asaltado y se defiende. Los mismos ángeles, puestos á la cabecera de los muertos para salvar las almas, se ven obligados á enredarse á golpes con los demonios. Otras veces sólo se trata de luchar con la inteligencia y el talento; se bromea se trata de ver quién es más ingenioso. El apóstol San Pedro y Simón el Mago luchan, por ver quién hace más milagros. Satanás, que no cesa, reviste todas las formas, disfrazase de mujer, llega hasta tomar el parecido de los Santos, pero en cuanto es vencido, aparece en toda su fealdad. «Un gato negro más grande que un perro, los ojos grandes y echando llamas, larga la lengua hasta el ombligo, ancha y sangrienta, la cola retorcida hacia arriba, dando salida á una horrorosa corredera.» Es la única preocupación, y el odio grande. Se le teme, pero se le burla. Ni siquiera hay que ser honrado con él. En el fondo, á pesar del aparato feroz de sus calderas, es el eterno burlado. Todos los pactos que hace son desechos por la violen-

cia ó la astucia. Débiles mujeres dan con él en tierra Santa Margarita le aplasta la cabeza con el pié; Santa Juliana le hunde los costados golpeándole con cadenas. De todo esto se desprende una gran serenidad, el desprecio al mal, ya que es impotente, y la certeza del bien, ya que la virtud es soberana. Basta con persignarse para que el demonio no pueda hacer nada y desaparezca entre aullidos. Cuando una virgen hace el signo de la cruz, cruje el infierno entero.

Y en ese combate de los Santos y las Santas contra Satanás, se desarrollan los espantosos suplicios de las persecuciones. Los verdugos esponen á las moscas á los mártires, untados con miel; hácenles andar con los pies desnudos sobre vidrios rotos y carbones encendidos; les arrojan á fosos llenos de reptiles; les azotan con látigos que tienen bolas de plomo; les clavan vivos en ataúdes, que arrojan al mar; cuélganles de los cabellos, y luego les prenden fuego; bañan sus llagas con cal viva, pez hirviendo ó plomo fundido; les coronan con cascos enrojados al fuego y les sientan en sillones de bronce ardiendo; les queman los costados con antorchas; les aplastan los muslos sobre yunque, arrancanles los ojos, córtanles la lengua, rómpenles los dedos uno á uno. Pero el sufrimiento no puede con ellos: los Santos continúan llenos de desprecio y con ansia y prisa de sufrir más todavía. Por otra parte, de continuo protégeles el milagro; cansan al verdugo: San Juan bebe veneno, y nilo siente; San Sebastian, erizado de flechas, sonríe. A veces las flechas se quedan flotando en el aire á los lados del mártir, ó retroceden y saltan los ojos al arquero. Beben plomo derretido como si fuera agua fría. Prostérnanse delante de ellos los leones, y lamen, como corderos, sus manos. Las parrillas de San Lorenzo tienen una frescura agradable; el Santo grita: «¡Infeliz! Has asado una parte; vuelve la otra, y luego come, porque está á punto.» Santa Cecilia, puesta en un baño hirviendo, «estaba en él como en un lugar que



fuese frío, y no sintió nada de sudor.» Santa Cristina desconcierta á sus verdugos; su padre le hace azotar por doce hombres, que sucumben al cansancio; otro verdugo la ata á una rueda, pega fuego debajo y las llamas se extienden y devoran á mil quinientas personas; la arroja al mar con una piedra al cuello, pero los ángeles la sostienen. Jesús en persona baja á bautizarla y luego la confía á San Miguel para que la lleve á tierra; otro verdugo la encierra con víboras, que se enroscan á su garganta como para acariciarla, la dejan cinco días en un horno, donde canta, sin sentir mal alguno. San Vicente, que padeció más todavía, no llegó á sentir dolor: le rompen los miembros, pártense las costillas con peines de hierro hasta que salen las entrañas, le mechan con agujas, le echan á un brasero, que apaga con la sangre de sus llagas; se le encarcela de nuevo, clavados los pies en un poste; y despedazado, asado, abierto el vientre, sigue viviendo: sus torturas truécanse en suavidad de flores; un gran resplandor llena su calabozo, ángeles cantan con él en un lecho de rosas. «El dulce son del cántico y el suave olor de las rosas extendiéronse por los alrededores, viendo lo cual los guardias se convirtieron á la fe; y cuando Daciano supo esto, se desesperó y dijo: ¿Qué más les haremos, si estamos vencidos?» Este es el grito de los atormentadores; aquello no puede acabar más que por su conversión ó por su muerte. Hiere sus manos la parálisis. Mueren violentamente; espinas de pescado les estrangulan, rayos les matan, sus carnes se deshacen, en tanto que los calabozos de los Santos resplandecen todos. La Virgen y los Apóstoles penetran en ellos, cuando quieren, á través de los muros. Bajan de los cielos abiertos socorros continuos y apariciones: Dios, con una corona de pedrería, se deja ver. Como la muerte es dulce, la desafían, corren á su encuentro; los padres se alegran cuando sucumbe uno de sus hijos. En el monte Ararat expiran diez mil crucificados. Cerca de Colonia las once mil vírgenes son asesi-

nadas por los hunnos. Crujen los huesos en los circos dentro de las quijadas de las fieras. A la edad de tres años, San Quirico, á quien el Espíritu Santo hace hablar como un hombre, sufre el martirio. Niños de pecho insultan á los verdugos. El desdén, el asco de la carne, del andrajo humano, aguza el dolor con celeste voluptuosidad. Que la rompan, la trituren y la quemén: ¡todavía es poco! Y todos claman al hierro, á la espada que degüella y que es lo único que les mata. Santa Eulalia, en la pira, bebe las llamas para morir antes. Dios la escucha y sale de su boca una paloma blanca, que sube al cielo.

Con estas lecturas, Angélica vivía deslumbrada. Tantas abominaciones y aquella alegría triunfal, la extasiaban y la sacaban de la realidad. Pero otros rincones de la *Leyenda*, más dulces, la divertían. Por ejemplo: los animales, el arca toda que se agita: Tomaba interés por los cuervos y las águilas que se encargaban de alimentar á los ermitaños. Y luego..... ¡qué hermosas historias de leones! El león solícito que abre la fosa de Santa María Egipciaca; el león llameante que guarda las puertas de las casas de mal vivir cuando los procónsules llevan á ellas á las vírgenes, y el león de San Jerónimo, al cual se ha confiado la guarda de un asno, y que le deja volar, y que luego le recoge. Había también el lobo lleno de contrición, presentando un gorrinillo robado. San Bernardo excomulga las moscas, que caen muertas. San Remigio y Santa Blasa dán de comer en su propia mesa á los pájaros, les bendicen y les devuelven la salud. San Francisco, «lleno de una gran sencillez colombiana», las predica y las exhorta á amar á Dios. «Un pájaro que se llama cigarra estaba en una higuera, y San Francisco le tendió la mano y llamó al pájaro, el cual le obedeció y se posó en su mano. Y le dijo:—Canta, hermano mío, y alaba á nuestro señor.—Entonces cantó, y se fué en cuanto le despidieron.»

Era éste para Angélica un continuo objeto de recreo



que la sugería á lo mejor la idea de llamar á las gondrinas, con la curiosidad de ver si acudían.

Luego había otras historietas que no podía leer sin sentirse mala á fuerza de reír.

San Cristobal, el buen gigante que llevaba á Jesús, la divertía hasta llorar de risa.... Luego se destornillaba ante el chasco del gobernador con las tres camareras de Santa Anastasia, que va á la cocina á buscarlas, y que besa los pucheros y las cazuelas creyendo besarlas á ellas. «De donde salió muy negro y muy feo, y los vestidos rotos. Y cuando los servidores que fuera le esperaban le vieron en tal guisa, creyeron que se había tornado en diablo.»

Pero cuando reía más era cuando sacudían al demonio, sobre todo Santa Juliana, que, tentada por él en un calabozo, le administró una paliza extraordinaria con su misma cadena.

«Mandó entonces el preboste que Santa Juliana fuese puesta en libertad, y cuando ella salió, arrastraba al diablo, que gritaba y decía:—«¡Mi señora Juliana, no me hagáis más daño!»—Y le llevó así por todo el mercado, y después le echó en una fosa llena de suciedad.»

Otras veces repetía á los Hubert, mientras bordaba, leyendas más interesantes que cuentos de hadas.

Tantas veces las había leído, que se las sabía de memoria: la leyenda de los *Siete Durmientes*, que huyendo de la persecución y escondidos en una caverna durmieron en ella trescientos diecisiete años, y cuyo despertar llamó tanto la atención del emperador Teodoro; y la leyenda de San Clemente, aventuras inacabables de un padre, una madre y tres hijos, separados por grandes desdichas, y al fin reunidos á través de los milagros más hermosos.

Corrían sus lágrimas; lo soñaba por la noche, y no vivía más que en el mundo trágico y triunfante del prodigioso país sobrenatural de todas las virtudes, premiadas con todos los goces y alegrías.

Cuando Angélica hizo la primera comunión, le pare-

ció que andaba como las Santas, á dos codos de la tierra. Era una joven cristiana, de la primitiva Iglesia, y se entregaba en manos de Dios, ya que en el libro había visto que no podía ser salva sin la gracia. Los Hubert practicaban la religión sencillamente: el domingo, la misa; una vez al año, la comunión, y esto con la fé tranquila de los humildes, y quizá también por algo de tradición y por la parroquia, ya que los casulleros de padres á hijos siempre habían cumplido fielmente con la Iglesia por Pascua.

En cuanto á Hubert, muchas veces se le olvidaba pasar la aguja, escuchando á la muchacha que leía la *Legenda*, y se estremecía al oirla, agitando sus cabellos el scapulo ligero de lo invisible. Tenía su misma pasión, y cuando la vió vestida de blanco, lloró. Aquel día pasó como un sueño: los dos volvieron de la iglesia asombrados y rendidos. Hubertina debió reñirles á los dos, como mujer razonable que condenaba la exageración hasta en las cosas buenas.

Y desde aquel día tuvo que luchar contra el celo de Angélica, principalmente contra la exageración de caridad que de ella se había apoderado. San Francisco había tomado á la pobreza por su amada; San Julián, el limosnero, llamaba á los pobres sus señores; San Gervasio y San Protasio les lavaban los pies; San Martín les daba la mitad de su capa; y la niña, á imitación de Santa Lucía, quería venderlo todo para darlo; primero se deshizo de sus cosas menudas, y después empezó á saquear la casa, llegando hasta darsin discernimiento á gentes indignas, con las manos abiertas; un día, dos después de la primera comunión, se la riñó por haber echado ropa desde la ventana á una mujer ebria, y cayó en los ataques violentos de antaño, presa de un terrible acceso, después del cual, avergonzada y enferma, tuvo que guardar cama tres días.

Entretanto, se deslizaban los días y los meses. Pasaron dos años. Angélica tenía catorce: era ya mujer. Cuan-



do cogía la *Leyenda*. zumbábanle los oídos, la sangre latía con fuerza en las venas azules de sus sienes, y sentía una ternura fraternal hacia las santas vírgenes.

La doncella es hermana de los ángeles, posesión de todos los bienes, señorío de la fe, vencimiento del demonio: dá la gracia y es la suprema perfección; basta presentarse para triunfar. El Espíritu Santo dá á Santa Lucía tanto peso, que mil hombres y cinco yuntas de bueyes, á pesar de la orden del procónsul, no pueden llevarla á una casa de mal vivir. En los tormentos estalla y resplandece el candor de las vírgenes, cuyas carnes blancas, rotas por los peines de hierro, arrojan, en vez de sangre, ríos de leche. Un gobernador que quiere besar á Santa Anastasia, tórnase ciego. Diez veces aparece la virgen cristiana, que huye de su familia, disfrazada con un hábito de fraile, acusada de haber hecho mal de ojo á una muchacha vecina, y que soporta la calumnia sin disculparse, para luego triunfar por la repentina revelación de su sexo inocente. También Santa Eugenia es conducida delante del juez, que es su padre, rompe los vestidos y se descubre. Eternamente reaparece la lucha de la castidad; renacen los agujijones carnales, y por esto el miedo á la mujer es el principio de toda sabiduría en los Santos. Este mundo está sembrado de lazos para caer; los ermitaños huyen al desierto, donde no hay mujeres: allí sostienen luchas espantables: azotan su cuerpo: arrójanse desnudos en las zarzas ó en la nieve. Un solitario para ayudar á su madre á vadear un río, cúbrese las manos con un manto. Un mártir atado, que se ve tentado por una mujerzuela, arráncase la lengua con los dientes y se la arroja á la cara. San Francisco declara que su mayor enemigo es su propio cuerpo. San Bernardo dá voces de «ladrones!» para defenderse de una dama en cuya casa vive. Una mujer á quien el papa San León dá la hostia, le besa la mano, y el Papa se corta la muñeca; la Virgen María pone la mano en su sitio. Todos ensalzan la separación de los

esposos. San Alejo, que es muy rico y está casado, instruye á su mujer en la fe, y luego huye de ella. Se casa para morir. Santa Justina, atormentada de amor viéndose á Cipriano, resiste, le convierte, y va con él al suplicio. Santa Cecilia, amada por un ángel, revela este secreto el día de su boda á su marido Valeriano, que consiente en no tocarla y en recibir el bautismo para ver al ángel, «Halló en su cuarto á Cecilia hablando con el ángel, y el ángel tenía en la mano dos coronas de rosas, de las cuales dió una á Cecilia y otra á Valeriano, y les dijo: Guardad estas coronas, el corazón y el cuerpo sin mácula.» Otras muchas se unen solo para separarse: la muerte puede más que el amor. Es un verdadero reto á la vida. Hilario pide á Dios que llame á sí á su hija Apia para no verla casada; así sucede, y entonces la madre pide al padre ir al cielo al igual de su hija, lo que también sucede. La misma Virgen María quita sus novios á las mujeres: un noble, pariente del rey de Hungría, renuncia á unirse á una joveu maravillosamente bella, porque ve á la Virgen María. «Repentinamente apareció Nuestra Señora, que le dijo:—«Si soy tan bella como dices, ¿por qué dejarme por otra? Y se desposó con ella».

Entre todas estas Santas, Angélica tuvo sus favoritas y eran aquellas cuyas lecciones la herían en el corazón y llegaban á corregirla. Por ejemplo, la prudente Santa Catalina, nacida entre púrpuras y brocados, la enamoraba por la ciencia universal de sus dieciocho años, cuando disputa con los cincuenta retóricos y gramáticos que le oponen el emperador Máximo, y á los cuales confunde y hace callar. «Quedaron sorprendidos, sin saber que decir, y todos se callaron: y el Emperador les riñó por haberse dejado vencer tan feamente por una doncella.» Entonces los cincuenta declaran que quieren convertirse. «Y cuando esto oyó el tirano, fué presa de gran desesperación, y mandó que les quemaran en medio de la ciudad.» A sus ojos Catalina era la Santa invencible,



tan orgullosa y deslumbrante por su sabiduría como por su belleza. ¡La que ella hubiese querido ser para convertir á los hombres, y que le alimentara en la prisión una paloma, y luego la cortaran la cabeza! Pero quien era para Angélica perenne fuente de enseñanza, era Santa Isabel, la hija del rey de Hungría. Cuando su orgullo la dominaba y la violencia se enseñoreaba de ella, pensaba en aquel modelo de sencillez y dulzura, piadosa á los cinco años, negándose á jugar, tirándose por tierra, para prestar homenaje á Dios; más tarde esposa obediente y mortificada del Landgrave de la Turingia, presentando á su esposo la faz sonriente, que las lágrimas bañaban todas las noches: al fin viuda casta, arrojada de sus Estados, y feliz al llevar la vida de una mendiga. «Su vestidura era tan pobre, que llevaba un manto gris con remiendos de paño de otro color. Las mangas del cuerpo estaban rotas y también remendadas con otras telas.» El Rey su padre manda buscarla por un noble, «y cuando el conde la vió hilando y de tal guisa, se lamentó dolorido y maravillado, y dijo:—Hija alguna de Rey vi así vestida, ni fué vista hilando lino.» Es la misma perfecta humildad cristiana, que comparte su pan negro con los mendigos, duerme en el duro suelo, y siguió con los pies descalzos las procesiones. «A las veçadas fregaba los platos y las fuentes de la cocina, y se recataba de las criadas, para que no la quitasen, diciendo:—Si supiera de una vida más miserable, en seguida la tomara.» De este modo Angélica, que se volvía loca de cólera otras veces cuando le hacían fregar los platos, ahora se complacía en los menesteres más viles cuando se sentía atormentada por el demonio del orgullo. Más que Santa Catalina, y más que Santa Isabel y más que todas, había una Santa que le era muy querida, Santa Inés, la niña mártir: saltaba su corazón al encontrarla en la *Leyenda*, la casta virgen vestida con su cabellera, que la había protegido en la puerta de la Catedral. ¡Qué fuego de puro amor! ¡Cómo rechaza al hi-

jo del gobernador que se le acerca saliendo de la escuela! «¡Anda lejos de mí, pastor de la muerte, principio del pecado, alimento de toda felonía.» Y cómo ensalza á su amante: «Amo á Aquel cuya madre es Virgen, y cuyo padre no conoció mujer alguna, ante cuya hermosura maravillanse el sol y la luna, á cuyo suave olor resucitan los muertos.» Y luego, cuando Aspasio manda que «lê metan una espada dentro de la garganta,» sube al paraíso para unirse «á su esposo, blanco y rojo.» De algunos meses á esta parte, especialmente en horas de calor, cuando la sangre golpeaba sus sienas, Angélica la evocaba y la imploraba, y de pronto pareciale hallarse bañada de sin igual frescura. Veíala continuamente á su lado, y muchas veces se desesperaba al hacer ó al pensar cosas que comprendía que no habían de gustarla.... Una tarde que se besaba las manos, cosa que á veces todavía le daba gusto, púsose de pronto muy colorada, y se volvió confundida y avergonzada, á pesar de estar sola, por haber comprendido que la Santa la había visto. Inés era la guadiana de su cuerpo.

A los quince años Angélica era una niña encantadora: no es que la vida claustral y laboriosa, ni la dulce sombra de la Catedral, ni la *Leyenda* de las bellas Santas hubieranla tornado en ángel, en criatura de absoluta perfección: muchas veces sentía arrebatos, mostrábanse al desnudo sus defectos, por escapes imprevistos, descubriendo rincones del alma que no habían sido convenientemente emparedados. ¡Pero entonces quedaba tan avergozada! ¡Hubiese querido ser tan perfecta! ¡Y era tan humana, tan viva, y en el fondo tan ignorante y tan pura! Un día, volviendo de uno de los grandes paseos que los Hubert se permitían dos veces al año, el lunes de Pentecostés y el día de la Asunción, había arrancado un rosal silvestre y lo había plantado en el estrecho jardín: lo cortaba y lo regaba. El rosal creció y dió flores silvestres grandes, muy suaves de olor. Angélica lo



miraba con su pasión habitual, pero repugnando el tocarlo, queriendo ver si un milagro haría que diera rosas. Bailaba á su alrededor, cantando con aire de alegría: «¡Yo soy! ¡Yo soy!» Y si la daban broma sobre su rosal de carretera, se reía, pero un tanto pálida y con lágrimas al borde de los párpados.

Sus ojos, de color de violeta, se habían hecho más dulces; su boca se entreabría, dejando ver los dientes menudos y blancos; en el óvalo alargado de su cara formaban como un nimbo de oro los rubios cabellos, de una ligereza de tono lumínica. Había crecido, sin resultar muy delgada; el cuello y los hombros tenían una gracia un tanto orgullosa; redondo el pecho, flexible el talle, y con todo esto alegre y sana; una belleza rara, un encanto infinito, en el cual florecían la carne inocente y el alma casta.

Cada día sentían los Hubert hacia Angélica una afectación más viva. Vinole á ambos la idea de adoptarla, pero nada se dijeron, temerosos de renovar su pena eterna. Cuando una mañana, en su habitación, el marido se decidió, la mujer, sentada en una silla, estalló en sollozos. Adoptar aquella criatura, ¿no era lo mismo que renunciar á tener otra? Bien es verdad que á su edad era una locura esperarla, y dió su consentimiento, enternecida ante la idea de convertirla en hija suya. Cuando se lo dijeron á Angélica, se echó en sus brazos, ahogada por las lágrimas. Era cosa decidida: Viviría siempre con ellos, en aquella casa que ahora llenaba con su persona, rejuvenecía con su juventud y alegraba con su alegeía.

Pero desde los primeros pasos un obstáculo surgió, llenándoles de consternación. El juez de paz, Sr. Grandsire, consultado, les explicó cómo era radicalmente imposible la adopción, porque la ley exige que el adoptado sea mayor de edad. Sin embargo, viendo su pena, les propuso la tutela oficiosa: Todo individuo que tenga mas de cincuenta años puede hacer suyo á un menor de quin-

ce, por título legal, haciéndose su tutor oficioso» Como las edades eran las legales, aceptaron llenos de júbilo, y luego por testamento adoptaron á su pupila, cosa permitida por la ley. El Sr. Grandsire se encargó de la solicitud del marido y de la autorización de la mujer, y se puso en relaciones con el director de la Asistencia pública, tutor de todos los expósitos, cuyo consentimiento era necesario. Hubo expediente, que instruyó en París un juez de paz, y ya no se esperaba más que el auto definido que constituye la tutela oficiosa, cuando los Hubert sintieron un escrúpulo tardío. Antes de adoptar á Angélica, ¿no debían hacer un esfuerzo para encontrar á su familia? Si la madre existía, ¿qué derecho tenían ellos para disponer de su hija, sin estar en absoluto ciertos del abandono? Además, en el fondo había aquel algo desconocido, aquel tronco podrido, del cual quizá procedía la muchacha, que antes les inquietaba, y cuyo recuerdo ahora les molestaba, de nuevo. Tanto les atormentaba, que no les dejaba dormir.

De pronto un día Hubert fué á París; fué aquello una revolución en su existencia: mintió á Angélica, le habló de la necesidad de estar él presente para el asunto de la tutela. Pensaba saberlo todo en veinticuatro horas, pero en París los días transcurrieron: surgían á cada paso nuevos obstáculos, y pasó una semana, llevado de aquí y de allá, dando vueltas por las calles, desesperado y casi llorando. En primer lugar, en las oficinas de la Asistencia pública le recibieron con sequedad. Es regla general de la Administración no dar noticias sobre el origen de los expósitos, hasta su mayor edad. Dos mañanas seguidas se le despidió; pero se empeñó, se explicó en tres oficinas, presentándose como tutor oficioso, hasta que un jefe de negociado, un señor alto y delgado, se prestó á decirle que no tenía noticias precisas. La Administración nada sabía. Una comadrona había depositado á la niña Angélica María, sin dar el nombre de la madre.

Desesperado, pensó volver á Beaumont; pero fué á las

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

30811



oficinas por cuarta vez para pedir copia del acta de bautismo, en la cual debía constar el nombre de la comadrona. Fué asunto no menos complicado, pero al fin dió con el nombre de la señora Foucart, y supo también que había vivido en 1850 en la calle de Deux-Écus.

Empezaron de nuevo los pasos. El final de la calle había sido derribado, y ningún tendero de las calles vecinas recordaba á ninguna señora Foucart: miró un anuario, y no estaba el nombre.

Se resignó á andar buscando, con los ojos puestos en la ventana, rótulos de comadronas, y de ese modo hallólo que buscaba: una señora muy anciana que le dió noticias.

—¿Comó! ¿La señora Foucart? Una señora de gran mérito que ha tenido algunas desgracias. Vive en la calle de Censier, al otro extremo de París.

Allí fué; pero ya, aleccionado por la experiencia, quiso obrar con diplomacia. La señora Foucart, una señora muy gruesa, con unas piernas muy cortas, no le dejó.... En cuanto hubo dicho el nombre de la muchacha y la fecha del depósito, se disparó y contó la historia entera, llena de odio.

—¿De modo que la pequeña vive? Pues bien; puede alabarse de tener por madre á la mayor tunanta. Sí; la señora Sidonia, como la llamaban desde que se quedó viuda, una mujer bien emparentada, que tenía un hermano ministro, según decían, lo que no era inconveniente para que se entregara á oficios muy bajos.

Y explicó como la había conocido, cuando la mujer aquella tenía en la calle de Saint-Honoré una tienda de frutas y aceites de la Provenza, recién llegados de Plasans ella y su marido para probar fortuna. Muerto y enterrado el marido, á los quince meses tuvo una niña, sin saber á ciencia cierta de dónde, porque era una mujer seca como una factura, fría como el protesto de una letra, y brutal é indiferente como un alguacil. Cabe perdonar una falta, pero no la ingratitud. ¿Por ventura, cuando se hubo comido el almacén, no la había mantenido

hasta después que hubo parido, y se había consagrado á ella hasta desembarazarla de la niña llevándola allá abajo? Y por toda recompensa, cuando á su vez cayó en la miseria, no pudo sacarle nada del pupilaje, ni siquiera quince francos que le había prestado. Hoy la señora Sidonia habitaba en la calle Faubourg-Poissonniere, un tenducho y tres piezas en el entresuelo, donde, con el pretexto de vender encajes, vendía... lo que se ofrecía. ¡Ah, sí! ¡Madre semejante valía más no conocerla!

Una hora después de esta entrevista, Hubert estaba rondando la tienda de la señora Sidonia: vió una mujer delgada, blaucuzca, sin edad ni sexo, vestida con un traje negro, usado y manchado por toda suerte de faenas sucias. Nunca el recuerdo de su hija, nacida de una casualidad, debió hacer latir más de prisa aquel corazón de corredora ó galeota. Tomó informes con discreción, y supo cosas que no dijo á nadie, ni siquiera á su mujer. Sin embargo, dudó, todavía, y volvió á pasar nuevamente ante el estrecho local. ¿Debía abrir la puerta, darse á conocer, obtener su consentimiento? El, como hombre honrado, era quien debía juzgar si tenía el derecho de romper aquel lazo para siempre. De pronto volvió la espalda, y por la noche estaba ya en Beaumont.

Precisamente Hubertina aquella misma tarde acababa de saber por el Sr. Grandsire que el acta para la tutela oficiosa había llegado de Pasis, firmada; y cuando Angélica se arrojó á los brazos de Hubert, éste, en la pregunta suplicante de sus ojos, vió que la niña había comprendido el verdadero motivo de su viaje, y sencillamente le dijo:

—Hija mía, tu madre ha muerto.

Angélica, llorando, les besó con pasión. Y no se volvió á hablar del asunto. Era su hija.